

NOTAS

LA POLÍTICA, DESDE LA PRÁCTICA A LA TEORÍA

Por JOSÉ CAZORLA

SUMARIO

1. EL JUEGO DE LA OCA.—2. LA POLÍTICA Y LA ACADEMIA.—3. LA POLÍTICA, COMO TAL.

I. EL JUEGO DE LA OCA

Mi primera intención, al meditar sobre el contenido que debía tener este trabajo, fue presentar una crónica de las peripecias que condujeron a la creación de la Facultad de CC. Políticas y Sociología de la Universidad de Granada. Las cuales podrían servir como caso práctico —útil también para los alumnos— sobre la ineficacia de las Administraciones públicas a la hora de admitir iniciativas desde el «exterior». Y también pensé extraer algunas deducciones de carácter más general de tales experiencias, aplicándolas, al cabo de 44 años de experiencia universitaria, tanto a la política académica, como a la política en su sentido más amplio. Política que al fin y al cabo no sólo he compartido en sus consecuencias, sino en la que de muchas formas he participado modestamente, en la medida en que me ha sido posible, aunque jamás entrando de lleno en el ámbito de la práctica política profesional.

De hecho, me temo que la narración de mis largos padecimientos en un aspecto concreto de dicho ámbito —la creación de la Facultad— podría parecer una exageración andaluza, pese al hecho innegable de que duraron once años. Récord que sólo puede conseguirse en Granada, no tanto por los méritos de los administrados, como de los administradores. De manera que si alguien quiere documentarse en serio sobre los orígenes de la Facultad, tanto en su archivo como en el mío personal, hay casi un metro de papeles que cuentan una larga y dolorosa crónica de batallas perdidas, aunque al final ganáramos la guerra. Lo normal a mi edad es precisamente eso, contar las guerras y las batallas.

Ahora bien, para no ponerme tan pesado como sería de temer, he decidido presentarles ante todo una parábola, la del juego de la oca, luego narrar brevemente

algunas de las jugadas más salientes que condujeron al final feliz a que aspirábamos, y desembocar en una serie de reflexiones fruto de la experiencia, primero sobre la política académica, y luego —por inducción— sobre la política en general. Al referirme a la experiencia, no pretendo ostentar saber esotérico alguno, sino recordar simplemente la suma (parcial) de los errores, propios o ajenos.

El símil del juego de la oca parecerá poco académico, pero toda semejanza con el funcionamiento de nuestras instituciones educativas, y otras, no es mera coincidencia. En todo caso, sólo aderezada con un poquito de matalaúva, inevitable en estos prolongados guisos.

En efecto, como es sabido, la oca es un animal de inteligencia tan reducida que si le cortan la cabeza, ni siquiera se entera y sigue paseando con sus elegantes andares, eso sí, algo acelerados, porque le da la impresión de que pasa algo, pero no sabe muy bien qué. Lo que en realidad resulta rentable (no a ella, pobrecilla, sino a los granjeros) es su hígado. En él se van acumulando las grasas, y al final éstas se recolectan en beneficio de quienes se las pueden pagar: los altos burócratas, los influyentes, los ricos, los que viven de los otros, en suma. El juego no termina nunca, porque hay muchos contribuyentes (quiero decir, muchasocas). Cuando en el curso del juego burocrático-político se vuelve al casillero uno, siempre hay alguien que paga, y así, el juego no termina. La oca es sacrificada, y su voluminoso y sustancioso hígado (laboriosamente compuesto por decisiones, normas, favores y a veces fraudes) es ingerido por sus criadores, los mismos que la alimentaron. Lo cual no significa que éstos sean los mismos que materialmente cargaron con su sostenimiento. Los que en realidad contribuyeron —mayoritariamente— fueron los demás, los paganos, la plebe, vamos, pero éstos no prueban ni un bocado. Se sustituye a la oca por otra, y vuelta a empezar el juego. Así lo comprendieron, hace cuarenta siglos o más, las burocracias religiosa y política de nuestros lejanos antepasados los babilonios, los egipcios, los chinos y otros. Y las burocracias siguen viviendo de lo mismo.

No puedo evitar el contar algunas viejas historias, como es propio de mi condición de mayor de sesenta años, historiador frustrado, profesor no siempre comprendido, o político nonato (en este aspecto, por haber escarmentado en cabeza ajena). Lo que intento es presentar una crónica sincera, pero probablemente exagerada (por egocéntrica), de mis peripecias con motivo de la creación de la Facultad, crónica que para hacerla digerible he intentado acortar desde el largo período que cubrió, a unas pocas páginas.

Confiado en la indiscutible autoridad de quienes nos habían precedido en la Universidad de Granada en los saberes del Derecho Político, la Ciencia y la Sociología Política, la Historia de las Ideas, y en general las Ciencias Sociales, confiábamos en que el terreno era mucho más propicio en dicha ciudad que en la mayoría de las Universidades, para que surgieran unas enseñanzas formales, es decir, una Facultad de CC. Políticas y Sociología. La semilla sembrada por Fernando de los Ríos, G.^a Labella, Sánchez Agesta y Murillo Ferrol durante más de sesenta años, constituía un precedente sin igual en España, y casi una exigencia de que continuáramos su labor hasta culminarla —dentro de nuestras posibilidades— con la creación de dicha

Facultad. Como tengo en la pared de mi despacho las fotografías de cada uno de ellos, desde hace muchos años, su permanente mirada me ha recordado diariamente el camino a seguir.

Además de la vieja tradición académica que menciono, y que pocos Centros en este país podían igualar, contábamos con una larga serie de investigaciones desde la época de Murillo Ferrol, entre ellas la patrocinada por la OCDE y primera que se realizó sobre la estructura económica y social de Andalucía. Utilizábamos también en los años sesenta un rudimentario sistema manual de tarjetas perforadas para clasificar datos, mediante unas agujas, que nos parecía entonces el colmo de la técnica. Asimismo, se había venido acumulando un importante fondo bibliográfico de Ciencia Política y Sociología, con sólo uno o dos paralelos en España, todo ello, durante décadas, en el cada vez más estrecho marco de una cátedra de Derecho Político. Más aún, resultaba paradójico que la ciudad que relativamente a su importancia ha proporcionado mayor número de sociólogos y politólogos al país, no tuviese ni siquiera una cátedra de Sociología hasta entrados los años ochenta.

Empecé así el juego, creyendo candorosamente que en poco tiempo llegaríamos al casillero final. Error indudable debido a la ingenuidad (innata) y a la falta de experiencia (adquirida). Como en 1978 ya llevaba dos años de Vicerrector de Ordenación Académica, y el agitado panorama político previo había comenzado a calmarse, tras diversas gestiones en otras tantas instancias, pensé que era oportuno plantear formalmente la creación de la Facultad, que suponía no ofrecería más dificultades que otros centros —eso sí, de menor categoría— que por entonces se iniciaban.

Y así, en la Junta de Gobierno de nuestra Universidad celebrada el 17 de abril de 1978 (Acta núm. 528), consta que el Rector propone, a la vista de peticiones procedentes de distintos órganos de la Universidad, así como de estamentos públicos y privados del Distrito Universitario, la creación de la Escuela Superior de Ingenieros de Montes, la Facultad de CC. Políticas y Sociología, y la Escuela Universitaria de Biblioteconomía y Documentación. Pero un miembro de la Junta, lleno de inesperado espíritu populista-pseudo-democrático, dice literalmente que se trata de un tema que *«afecta a la sociedad. Y por tanto debe hacerse un estudio previo de las necesidades de todo el Distrito Universitario, y después decidir el tipo de Centro y su ubicación. Además (era) preciso consultar a las fuerzas sociales y políticas»* (mencionando expresamente a las Asociaciones de Vecinos). El debate subsiguiente no consiguió desbloquear el asunto.

Para salir del paso se recabaron Informes a las Facultades, pero la creación de los tres Centros quedó aparcada por tiempo indefinido, que era lo que se pretendía por los oponentes al proyecto, no precisamente por razones académicas. Por entonces no lo sabíamos, pero aquella oportuna intervención de algún bienintencionado colega nos iba a costar diez años de retraso. Así pues, en el juego burocrático, volvíamos al primer casillero.

En 1979, organizamos en Granada unas Jornadas de Ciencia Política y Derecho Constitucional, celebradas en la Madraza, a las que concurrió la práctica totalidad

del profesorado de entonces en ambas materias, así como varios sociólogos, y a cuya conclusión se aprobó (con un solo voto en contra) apoyar la creación en la Universidad de Granada de una Facultad de CC. Políticas y Sociología. Simultáneamente, la Facultad de Derecho respaldó la solicitud de creación de la nueva Facultad, para lo cual elaboramos y se presentó por el Rectorado en marzo de dicho año un dossier con datos muy completos ante la D. G. de Universidades del MEC. Pero el asunto quedó allí olvidado en el inmenso armario de los «asuntos pendientes». El tema fue pues paralizado y nos vimos de vuelta otra vez al casillero uno.

Al ser elegido en 1980 decano de la Facultad de Derecho, reanudé las gestiones desde ella, alegando entre otras razones que en esta Universidad no se habían creado nuevas Facultades en los últimos ochenta años. El Presidente de la Junta, Rafael Escuredo, el alcalde de Granada, Antonio Camacho, el de la Diputación, el Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en CC. Políticas y Sociología, y la Federación de Asociaciones de Sociología (que por entonces presidía) debidamente estimulados, nos aseguraron formalmente en 1982 el patrocinio a la idea de sus respectivas Corporaciones. Por su parte, el Ministerio nos volvió a pedir toda la documentación —como si no la tuviera—, fabricando nuevas dilaciones.

Pero llegó un momento, en 1983, en que nuestra machacona insistencia estaba a punto de conseguir del Ministerio la creación de la Facultad, tal y como acababa de ocurrir con la UNED. Y justo entonces, las competencias en la materia pasaron desde el ámbito estatal a la Junta de Andalucía. Todo el trabajo, documentación, apoyos personales y demás, quedaron anulados ante lo que parecía un fatal destino decretado por los dioses. Vuelta al primer casillero.

La Junta se debatía por entonces intentando digerir sus recién asumidas competencias en materia de Educación, por lo que se encontraba abrumada por asuntos de urgente resolución. Reanudado el juego y los farragosos trámites de reiterar la documentación y demás, en julio de 1984 se me comunicó por el Consejero que era su intención *«no proceder a la creación de ningún Centro hasta que esté completado el Plan Universitario de Andalucía»*. Esto no era exactamente la vuelta al casillero uno, pero sí la indefinida demora de la estancia en la «cárcel» del juego de la oca.

En 1985 pensamos que sería quizás más fácil y operativa una estrategia lateral, mediante la creación de un Instituto Andaluz de CC. Políticas y Sociología, como paso previo a la Facultad, o en paralelo alternativo con ella. Iniciamos los tan repetidos trámites, y en 1986 presentamos la correspondiente documentación. En noviembre de ese año fui invitado y asistí —corroído por la envidia— a la solemne inauguración por el Sr. Pujol de la Facultad de CC. Políticas de la U. Autónoma de Barcelona, cuya tramitación había comenzado años después que la nuestra. Ante mis públicas protestas por el inadmisibles retraso, la Junta de Gobierno de la Universidad de Granada reiteró en diciembre de 1986 su apoyo a la creación de la nueva Facultad y decidió elevar el acuerdo al Claustro.

A mediados de 1987 empezó a verse alguna luz al final del túnel. El Consejo de Universidades de Andalucía nos pidió una nueva Memoria, puesta al día, con propuesta simultánea del Plan de Estudios. Pusimos de nuevo en marcha la fábrica de

Memorias y en cuanto al Plan, decidimos continuar con nuestra idea de acogernos estrictamente al de la Complutense, con objeto de evitar las dificultades de la aprobación de nuevas materias, o que todo el mundo pretendiera introducir las suyas. Se aprobó en octubre de 1987 una Comisión de la Universidad de Granada para la creación de la Facultad, e iniciamos algunas discretas indagaciones en varias Universidades, incluida la nuestra, claro, para reclutar a ciertos profesores clave, que desearan entrar en el cuerpo docente del nuevo Centro, aunque aún no estábamos muy seguros de si empezáramos en octubre de 1988. Por si nos faltaba poco, abundaban los rumores de que se iba a aprobar súbitamente la Facultad, pero en la Universidad de Sevilla.

Resumiendo las numerosas gestiones de 1988 (incluida una interpelación de IU en el Parlamento de Andalucía), y los correspondientes tropezones, por fin se aprobó por la Consejería de Educación y Ciencia un decreto (143/1988, *BOJA* de 22 de abril), relativo a la creación de unos «Estudios» de CC. Políticas y Sociología en esta Universidad.

El hecho de que tal «Centro» no fuese Facultad y que como tales «Estudios» quedase adscrito a Derecho, no impidió que desde un principio actuásemos como Facultad, tras algunos inevitables roces burocráticos e incomprendiones. Pero, afortunadamente, el juego de la oca estaba llegando a sus últimas casillas. Entre otros inconvenientes, por ejemplo no podríamos expedir título alguno, salvo vinculados a Derecho, y otras muchas anomalías. De modo que desde el momento de la formalización de los «Estudios», empezamos una ofensiva para convertirlos en Facultad. Una de las dificultades procedía de la presión de otras Universidades, a las que se había negado —decían— la creación de nuevas Facultades por la Junta, y la necesidad de evitar agravios comparativos. Ello no impidió que el rector, en un gesto de confianza, me nombrara decano-coordinador de los nuevos estudios, permitiendo así que soslayáramos una serie de problemas. En todos nuestros papeles el epígrafe decía «*Licenciatura de CC. Políticas y Sociología*», y más tarde «*Facultad de... (en constitución)*».

El hecho es que hubo que concretar —con poco tiempo respecto a octubre— todas las cuestiones referentes a locales, mobiliario, presupuesto, funcionarios administrativos y de servicios, preinscripciones de 1.º curso, inicio de biblioteca y material, convocatoria inmediata de concursos, nombramiento de secretario de los «Estudios» (que lo fue poco después el profesor Montabes), etc. Aquel mismo año conseguimos que en lugar del equívoco término de «Estudios» se hablase ya oficialmente de «*Licenciatura en CC. Políticas y Sociología*». También conseguimos una subvención extra de cinco millones de ptas., del Consejero Antonio Pascual, para la adquisición de fondos bibliográficos, que se repitió en los dos cursos siguientes.

Por fin, y transcurrido el período «prudencial» que la Consejería estimó necesario, el Decreto 135/1990, de 15 de mayo (*BOJA* de 29 de junio), concedió a la Licenciatura la categoría de Facultad, a la vez que ocurría algo similar con la de Humanidades y Ciencias de la Educación de Huelva, y segundo ciclo de Empresariales en Jaén.

Di entonces por bien pagados tantos años de insistencia, tantas llamadas a oídos oficiales sordos, la publicación de veintitrés insistentes artículos de prensa y entrevistas sobre el tema en el diario *Ideal* (que apoyó incondicionalmente aquel empeño), y otros diarios de circulación nacional entre 1978 y 1988, y aun algunas zancadillas y faltas que no entraban en las reglas de ningún juego. La incomprensión de algunos colegas, todavía cuando en 1988 estaba a punto de conseguirse la Facultad, incluso con ventaja para alguno de ellos, me proporcionó varios malos ratos, que hoy doy por bien empleados. Por entonces pensé que cuando los hijos no agradecen lo que hemos hecho por ellos, al menos, hemos sido responsables de su vida, y por tanto tenemos que pechar con las consecuencias. Lo peor de todo son los ingratos de los que ni siquiera somos padres.

Y también fue entonces cuando mayor motivo tuve para comprender el profundo significado de aquella frase de Fernando de los Ríos, quien decía: *«Cualquiera que sea el sentido que se asigne a la Historia, nunca habrá de ser el de retener como formas llamadas a perdurar, las engendradas por la polémica social en la fugacidad de sus creaciones jurídicas. El orden jurídico, como orden en marcha, ata y desata de continuo.»*

En todo caso, doy de todo corazón las gracias al entonces Consejero, Antonio Pascual, por su paciencia al verme aparecer por las más inesperadas esquinas, a los tres rectores de esta Universidad que contribuyeron con su mejor voluntad a la consecución de la Facultad, Dres. Gallego Morell, Vida Soria y Rivas López, así como al entonces Vicerrector y hoy Rector, Dr. Morillas Cueva. A mis queridos amigos, Julio Iglesias de Ussel y Juan Montabes, sólo diré que el compartir tantas fatigas es el único medio de probar lo que es la verdadera amistad. Y mi agradecimiento también a las dos eficaces vicedecanas que tanto nos ayudaron en los momentos de apuro: las Dras. Latiesa y Viñes.

2. LA POLÍTICA Y LA ACADEMIA

Me he referido hasta aquí a un caso concreto de lamentables, perjudiciales e injustificadas demoras en un aspecto particular, entre tantos, de una política pública —la académica— de nuestro país, que en sí resulta bastante ilustrativo. Pero este planteamiento quedaría cojo si no fuese acompañado de las necesarias reflexiones, desde una perspectiva más general, con relación a nuestra política académica en los últimos años y no menos a la política en general.

Comenzando por la política aplicada a la Universidad, es quizás oportuno recordar que la carga de la Brigada Ligera se basó en el principio *«Ours is not to reason why»*. Pues bien, en la Universidad debemos acogernos al principio exactamente contrario: *«Ours is to reason why»*. Cuando nos dedicamos —o nos entregamos— a un trabajo, tenemos que estar convencidos de las razones por las que hacemos tal esfuerzo. De ahí viene la escasa popularidad de los intelectuales, que, cada cual a su modo, intentan interpretar la realidad —empezando por la suya propia— y decir la

verdad de las cosas tal y como las ven. Por definición, han de contemplarlas desde todos los ángulos posibles. Lógicamente, muchos son los políticos que recelan de los intelectuales, puesto que esa verdad o interpretación pura y dura no es precisamente lo que aquéllos suelen cultivar con esmero. Y en lo tocante a la sociedad, este método no varía, salvo en lo concerniente a la dificultad o imposibilidad de generalizar. Es vano intentar elevar a la categoría de leyes la infinita variedad de comportamientos humanos, como ya comprobaron los sucesores de Comte.

A partir de esa perspectiva, José Luis Aranguren apostillaba que *«el intelectual tiene que criticar constantemente, incluso a la estructura que él mismo ha contribuido a crear»*. Y añadía que su cualidad como tal reside en *«saber escuchar lo que no se ha dicho, oír lo que se siente, y por ello y tras ello puede pronunciar la palabra que muchos buscaban sin acabar de encontrarla»*. Pero —como agudamente advirtió hace ya algún tiempo José Jiménez Blanco— esta actitud tan racional tropieza continuamente con el hecho de que, por lo general, *«los responsables de los cambios se resisten a sacar las consecuencias de los hechos que ellos mismos han provocado»*. Dicho de otro modo, quienes se dedican a la política aplicada (y también en otras profesiones, como es lógico), prefieren con mucho el asentimiento, y a ser posible el aplauso, a la profunda y científica disección de la realidad, bajo la que se pueden ocultar tantos tumores más o menos malignos. Por esa razón, se ha dicho que el gas más poderoso no es nocivo: es el incienso. Muchos hombres con poder son particularmente sensibles a los efectos de ese gas.

Hay otro factor de no menos importancia en la política aplicada a las sociedades contemporáneas (no sólo la española), el cual posee fuertes reminiscencias históricas. Los intelectuales tienen en él muy escaso papel, pero, en manos de políticos sin escrúpulos, contribuye poderosamente a la manipulación del público. Me refiero a la combinación de medios de masas y espectáculo deportivo, cuya eficacia se descubrió —por lo menos— desde el tiempo de los romanos y que dio origen a la conocida y eficaz fórmula de *panem et circenses*. Hoy, los espectáculos en que docenas de profesionales del deporte atraen la atención del público con una peculiar mezcla de capacidad física y cualidades malabarísticas, se han visto multiplicados en tal atractivo por la inmensa y barata difusión que les proporcionan la radio y la prensa, y sobre todo la televisión. Hasta el punto de que en torno a ellos se mueve todo un gigantesco mundo de intereses que van desde lo económico a lo político, de tal envergadura que llega a parecer extravagante o aun de mal gusto no compartir dicha afición. Es evidente que resulta innecesario y desde luego impopular para los políticos oponerse a tal tendencia, si intentaran encauzarla hacia la participación o el fomento de intereses más elevados, de orden artístico o de cualquier forma de cultivo del espíritu. De manera que la popularidad e ingresos de los llamados deportistas alcanza hoy niveles sin igual en la Historia. Hace sólo tres décadas cualquier padre hubiera aconsejado a su hijo que optara por una «buena» carrera profesional, y que dejara a un lado la práctica del fútbol. En la actualidad sucede precisamente lo contrario en cuanto surge la ocasión. Un resultado es la deliberada ignorancia por parte de las masas de la aportación que técnicos o científicos hacen

cotidianamente a la sociedad, ignorándolas o dándolas por supuestas. Y a la vez, un culto público desmesurado diviniza figuras que a menudo sólo utilizan su cabeza para golpear un balón. Este encauzamiento de la opinión pública hacia objetivos anodinos, no es que se aproxime ya al del mundo de la decadencia del Imperio Romano, sino que lo supera con mucho, e implica una grave responsabilidad en quienes explotan tales objetivos alejando la atención de cuestiones mucho más trascendentes, que naturalmente, ellos astutamente se reservan. Por citar un solo caso, la compatibilización del señor Gil en sus papeles simultáneos de alcalde de Marbella y presidente de un club de fútbol de Madrid, constituye uno de los muchos ejemplos visibles respecto a este tema. La responsabilidad de este tipo de personajes ante la misión cívica de mayor o menor envergadura que les correspondería, va en proporción directa a su ignorancia deliberada de ésta en favor de sus particulares intereses.

Frente a las unanimidades domesticadas, que tanto agradan a ciertos políticos, la postura de los científicos sociales —no ya de censura, que no tiene por qué darse por supuesta, pero sí de la duda metódica— es radicalmente opuesta. Y de ahí el recelo con que no solamente los ejercientes de la política práctica, sino los sectores más conservadores de la sociedad, contemplan a los analistas de ésta. Quienes juegan el papel de conciencia crítica suelen obtener casi siempre bofetadas por toda recompensa. Las cuales proceden de los incondicionales del poder, por la cuenta que les trae, y también de los que al final se convencen de que hay que hacer lo que los críticos habían propuesto mucho antes. Pero, naturalmente, se olvidan con toda rapidez de quienes se arriesgaron a promover lo que ahora ellos fingen haber inventado.

Ese recelo, y no otro, fue la causa de que durante casi medio siglo hubiese en España sólo una Facultad de CC. Políticas y unas cuantas cátedras de Sociología, o en las que se enseñaba Sociología política (que algunos denominaban «de socialismo»). No pocas veces estos últimos, posteriormente, ingresaron justo en el partido en el poder, modificando su ideología en provecho directo de su interés, cuando todo riesgo había ya desaparecido.

En la política universitaria española se han producido evidentes y profundos cambios en las dos últimas décadas. Uno de los más visibles es la proliferación de Universidades y Centros, a menudo sin la indispensable infraestructura humana, capacitada y con experiencia en su materia. Ciertos políticos se han tirado el farol de su inauguración —o, mejor dicho, se han hecho «la foto»— y «ahí os quedáis y arregláros las». Tampoco los recursos han sobrado para ciertos gastos indispensables, como por ejemplo las bibliotecas, mientras —paradójicamente— para el alto coste de los edificios no parecía haber tantas dificultades. Y es que incluso en la Universidad los libros lucen mucho menos que los ladrillos. En cuanto a los «mecenases», en este país han brillado por su ausencia, salvo en contadas excepciones, por lo general en lugares de holgado desarrollo económico. De manera que donde más falta hacen, menos hay.

Una de las consecuencias del paso del tiempo ha sido también la frecuente pérdida de los vínculos de estrecha relación personal entre los diferentes niveles del

profesorado. Dicho de otro modo, lo que se ha solido denominar «las escuelas». Procedente de la vieja tradición universitaria medieval, la relación maestros-discípulos entrañaba un importante componente personal, como en cualquier otro gremio. El cual ha subsistido en algunas enseñanzas especializadas, pero se ha perdido recientemente en la mayoría de ellas. La lealtad ha sido sustituida por la fría conveniencia o la mera contractualidad. En una institución, en la que el estricto cumplimiento de las obligaciones mutuas se queda corto ante una realidad en la que es preciso complementarlas con una vinculación más estrecha. En el mundo académico, ciertas pautas «modernas» descritas por Parsons no siempre son las adecuadas frente a las tradicionales. La imprescindible confianza entre maestro y discípulo es inevitablemente particularista, aunque demasiadas veces se haya llevado a extremos de abuso, adulación, explotación o servilismo. Pero debidamente entendida, producía sólidos lazos de confianza recíproca que son muy funcionales para la investigación científica y sobre todo para el trabajo en equipo. En definitiva, en el contexto de la enseñanza e investigación universitarias, las relaciones primarias siempre han demostrado ser muy preferibles a las secundarias.

Otra cara de esta misma moneda se descubre en el que en ocasiones he denominado «el edipo académico». A semejanza de la relación paterno-filial, el discípulo no siempre es capaz de superar el complejo psicológico que lo vincula al maestro. Lo habitual es un sentimiento de admiración y respeto, con inevitables matices críticos, perfectamente normales. Pero cuando no ocurre así, el resultado es a veces el desprecio e incluso la traición. La peculiaridad de la vinculación académica precisamente demuestra en estos comportamientos su radical diferencia con una mera relación laboral, que hoy prolifera en la «Universidad de masas».

Preciso es decir, desde luego, que tal masificación no deriva de la multiplicación del alumnado, sino de la insuficiencia del número de profesores con relación a aquéllos, y de su consiguiente improvisación. La cual acarrea falta de experiencia y de preparación de ellos, y desaparición de componentes básicos en su formación, como el que menciono de las vinculaciones de escuela. Para crear su escuela de pintura, Velázquez necesitó muchos años y seleccionar cuidadosamente a sus discípulos. Pero para fabricar churros, basta con tener una masa de harina y agua. El origen de la Universidad como «fábrica de títulos» no se encuentra en ella, sino en la presión de la sociedad, que se los exige, y en el poder político, que los promueve sin las debidas garantías y experiencia. Otra forma de alucinación de la sociedad y de explotación de la institución académica.

Por tanto, no nos quejemos de los resultados que, en conjunto, está obteniendo esta Universidad española, en la que en el último cuarto de siglo, desde los poderes públicos, se ha improvisado alegremente una nueva y compleja estructura, sin proporcionarle a la vez la imprescindible base humana. De aquí que a lo más que podemos aspirar en nuestra actual Universidad es a convertir el caos en un cierto desorden.

En el ámbito universitario, además, el poder con que se ejerce un cargo académico va en proporción inversa a su carácter democrático. Por tanto, ante las exigen-

cias actuales, la escasez de recursos humanos y a veces materiales, y la falta de incentivos que atraigan vocaciones, el desgaste de la responsabilidad de tales cargos académicos es mayor. A la vez, el honor que confiere —más que la gloria— suele ir en proporción directa a tal carácter. Lo malo es que en demasiadas ocasiones ese honor se queda en la esfera del íntimo convencimiento personal del deber cumplido, o se recibe a título póstumo. Para decirlo de otra manera: se habla mucho del desgaste del poder. Pero lo que más desgasta es aquella responsabilidad que va acompañada de muy escaso poder real. Por eso tantos eluden en la Universidad dicha responsabilidad, con el resultado de que quienes se atreven a ejercerla, demasiadas veces no saben o no pueden desempeñarla debidamente. El precio que entonces paga la institución, y a menudo también la persona, suele ser alto.

En definitiva, pienso que el valor de una Ciencia sólo se puede medir por el número de hombres a los que haya conseguido elevar más en su dignidad de tales. Ello sólo se puede alcanzar —y ése es deber principal de quienes estamos en la Academia— ayudándoles a encontrar el camino hacia la verdad y la libertad, que no necesariamente coinciden con el poder.

3. LA POLÍTICA, COMO TAL

Tras hablar de la política académica, paso en este último punto a inducir algunas reflexiones sobre la política en general. Desde una perspectiva bastante pesimista, decía Paul Valéry que *«la política es el arte de impedir que la gente tome parte en los asuntos que le conciernen»*. Por el comportamiento de algunos diríase que para ello es precisa una cualidad que compartirían con la suciedad: la de saber flotar por encima de todo lo demás. Con tales protagonistas, y recordando aquella antigua definición del objeto de la política como *«distribución de recursos escasos»*, uno no puede por menos de preguntarse, ¿no han sido y son escasos por causa de la política, precisamente?

Como se comprende, estas cosas las digo por experiencia, pero sin esperanza de que sirvan a nadie. A unos, porque adrede actúan sólo en su provecho desde un principio, el de los tiempos. Son los aprovechados «uterinos», los verdaderos explotadores del género humano. A otros, porque cuando han aprendido, ya no les sirve de nada. Llegaron tarde. Y a los restantes, bastantes, no se les tiene en cuenta porque, aunque a menudo percibieran el juego, no pueden o no desean entrar en él. En todo caso, pagan la nueva *oca* y se resignan pensando en un futuro y dudoso mundo mejor. Gracias a este convencimiento, cuidadosamente cultivado, los primeros viven tan ricamente desde el alba de los tiempos.

* * *

Me ha parecido oportuno iniciar esta parte con unas líneas a modo de pequeño preámbulo admonitorio sobre la política en teoría, para añadir después otras dedica-

das a la política en su práctica cotidiana. Resulta curioso que en la Universidad haya toda un área de Economía Aplicada, y en cambio no exista una materia paralela de Política Aplicada. La culpa es nuestra, de los docentes; creo que enseñamos demasiada teoría, probablemente porque lo que nos sobra de teoría nos falta en capacidad para aplicarla. Pero, por ejemplo, los profesores de Economía no parecen preocuparse demasiado por el hecho —evidente— de que sus teorías luego quedan tan lejos de la realidad como a diario vemos. En cambio, los de Ciencia Política somos o menos audaces, o más tímidos, o ¿qué? Salvo, naturalmente, los que se han lanzado a ese proceloso mar de la práctica política, que probablemente oculta, más que una sabiduría peculiar, un temperamento adecuado a los tiempos que corren. Un saber bandearse, que es, diríamos, genético. Por ahí andaba Weber cuando se refería al político y al científico. Si las Ciencias son tan relativas, incluso las llamadas exactas, ¿qué podemos decir de la nuestra? Hay políticos por naturaleza mucho más eficaces como tales que cien doctores politólogos juntos, aunque para ellos Lévi-Strauss sea una marca de pantalones o confundan a Parsons con un linimento.

Volviendo a la idea que señalo, es claro que un cirujano posee conocimientos que le indican cómo cortar, por dónde y hasta dónde. Pero, pese a las estadísticas de defunciones hospitalarias, ¿qué fiabilidad comparativa tiene un científico de la política a la hora de aconsejar a un político en su campaña?

Conozco a un profesor que alcanzó un gran éxito social en base a su indudable perspicacia y conocimientos de la situación. Incluso consiguió predecir unos resultados de difícilísima previsión, dificultados por un estrecho margen probabilístico. Mas cuando ocupó un puesto aparentemente coherente con sus cualidades, tampoco logró la cumbre exitosa a que lógicamente aspiraba. Pareció como si el principio de Peter le persiguiera, pero tampoco es ésta una hipótesis satisfactoria. ¿Acaso porque el comportamiento humano se apoya en tantas variables que la aptitud personal no es más que una de ellas, pero nunca la decisiva? La habilidad, los conocimientos y la experiencia delimitan la capacidad de un cirujano, pero al tratar con elementos del comportamiento tan sutiles como la previsión de la malicia ajena, las motivaciones de un público influido por consideraciones culturales diferentes a las del que lo juzga, o razones históricas más o menos confusas, las posibilidades de equivocarse se multiplican.

A mi parecer, a la hora de ser político (aplicado), es mucho más útil una cierta intuición innata que las deducciones derivadas de una biblioteca entera de teóricos. Y esa aplicación es la que en una Facultad de CC. Políticas y Sociología resulta difícil de transmitir, no porque un grupo de iniciados la guarde en un especial arcano, sino porque depende de un sentido derivado exclusivamente de la práctica, similar al del aprendizaje a nadar o a montar en bicicleta, en los que la teoría sirve de poco. Pero la teoría tampoco sobra si se cuenta con las cualidades mínimas —las habilidades— necesarias para dedicarse a la política. En tal caso, la acumulación es extremadamente útil. Citemos un ejemplo paralelo: ¿de qué le sirve a un «relaciones públicas» conocer las técnicas de dirigirse a un auditorio, vender la imagen del producto, utilizar las palabras clave adecuadas, poner todo su esfuerzo, incluso tener

buena presencia, si su personalidad en el fondo coincide con eso tan difícil de definir que se llama ser «antipático»? Es evidente que fracasará en ese empeño, no «comunicará».

Pues lo mismo ocurre con la política. Unos saben ser políticos, aunque no tengan ni idea de la teoría de los factores que instintivamente manejan, y otros, por mucho que sepan, jamás convencerán a nadie.

A menudo, tanto la política como la religión nos presentan valores de indiscutible peso, los cuales se ofrecen en el escaparate que da cara al público. Lo que luego haya detrás es o puede ser otra cosa. Pero es evidente que lo malo no suele ser la doctrina en sí, sino sus intérpretes. Son éstos los que a no mucho plazo desvirtúan el prístino contenido de aquello en lo que aparentemente creen y abiertamente predicán. Sin retroceder hasta el Evangelio, más próximo a nosotros está el conocido ejemplo del abismo entre las doctrinas de Marx y lo que luego fue la URSS. Pero es que, además, con frecuencia el lenguaje que los hombres públicos utilizan es ambiguo, ambivalente o en todo caso no tiene nada que ver con lo que en realidad opinan. Cuando a un parlamentario por el Estado de Missouri (Mr. Talent) le preguntó un periodista algo tan simple como si prefería los perros o los gatos, su respuesta fue la siguiente: *«Básicamente me gustan los perros. Sin embargo no quisiera ofender a mis electores que sean amantes de los gatos, y siendo como creo que soy una persona sensata, no tengo nada contra los gatos. Cuando era un muchacho tuve gatos, y si no hubiéramos tenido dos perros, ahora podría verdaderamente interesarme tener un gato.»* He ahí un ejemplo de ambigüedad perfectamente calculada en un tema intrascendente. Pues no digamos cuando se trata de algo que verdaderamente compromete a los políticos.

Este tipo de afirmaciones, tan frecuentes en su estilo en las declaraciones de muchos hombres públicos, hacen que —como dice G. Torrente Ballester— *«el conformismo, o el hacer como que uno se conforma, es la regla de oro del político»*. Pero cabe pensar que hay una regla de oro aún más importante: que las reglas las hacen quienes tienen el oro.

No pocas veces, quienes se dedican a la vida pública muestran diferencias de comportamiento que le hacen a uno pensar en una separación radical entre aquellos de los que se puede decir *«luchó por aquello en lo que creía»*, frente a quienes *«lucharon por aquello que les convenía»*. El que predominen unos u otros constituye una de las más candentes manifestaciones de la moral pública, o si queremos, de la tolerancia de la cultura política subyacente respecto a la deshonestidad como norma. Hace tres o cuatro años se publicó un «ranking» de países, escalonados con arreglo al grado en que en ellos se aceptaba como «normal» el soborno, el cohecho, o la prevaricación, especialmente de los funcionarios como receptores y de los demás ciudadanos como protagonistas activos. Aparecían así en dura pugna por los puestos de cabeza casi todos los países africanos, una mayoría de los centro y suramericanos, seguidos por el Sudeste asiático, hacia la mitad se encontraban Grecia e Italia, luego venían los Estados Unidos, otros países europeos, entre ellos España, y al final, como ejemplos de honorabilidad y respetabilidad política, estaban algunos de cultura

anglosajona como Canadá, Nueva Zelanda y Australia, y todos los escandinavos. Uno no puede por menos de preguntarse qué correlación hay entre este orden en el listado y las rentas per cápita. O lo que es lo mismo, si el mayor número de oportunidades para ganarse la vida dignamente no constituye uno de los principales medios disuasorios de la deshonestidad en la vida pública. Lo cual, por supuesto en modo alguno puede interpretarse como una panacea, vacuna o garantía de ética en el ejercicio de ciertos roles. Pero tampoco puede evitarse recordar aquella frase de Huntington cuando señalaba que la mayor frecuencia de motines, rebeliones y revoluciones en los países pobres no se debía a que fuesen pobres, sino precisamente a que se esforzaban por dejar de serlo.

Es probable que la corrupción pública correlacione directamente con el grado de desarrollo, pero es también motivo de reflexión el recordar que en la tan denostada II República española, un Gobierno cayó porque se descubrió que a un ministro le habían regalado un reloj de oro. ¿Cuántos relojes de oro se podrían comprar los Conde, Roldán, Rubio y otros que en los años ochenta hicieron del enriquecimiento sin escrúpulos desde el poder un verdadero arte? Los fraudes de los años treinta parecen futesas en comparación con las vertiginosas alturas de los que recientemente hemos padecido. Y nuestro desarrollo actual es además obviamente muy superior al de hace sesenta años.

La cualidad corrosiva del poder es tal, que no sólo afecta a quienes lo ejercen efectivamente, sino incluso a quienes sólo creen que lo poseen. Recuérdese ese viejo proverbio español que dice «si quieres saber quién es Juanillo, dale un carguillo». No pocas veces, los malos modos característicos de los bajos escalones de la burocracia oficial, del desprecio al contribuyente desde la ventanilla pública, alcanzan medidas de dureza que en los niveles más altos o no se aparentan o la cortesía reprime. Quizás porque las mejores palabras no siempre las dicen las mejores personas. Pero basta a menudo con la proximidad al poder, para que de alguna manera se transfunda una infundada soberbia a quienes se encuentran en su torno. Quienes así actúan confirman la razón de aquella frase de Sócrates, cuando decía que *«cualquier asno puede cocear a un hombre, pero eso no lo convierte en hombre»*.

También es cierto que quienes alcanzan el poder demasiadas veces se convierten en amnésicos: olvidan todo lo que hicieron o dijeron que harían hasta ese momento. Padecen igualmente otros curiosos síntomas político-patológicos: se vuelven sordos a las peticiones de «los de abajo», ciegos a las realidades que poco antes contemplaban incluso con lente de aumento, y en suma, casi nunca miran hacia abajo, por temor a que la altura olímpica en la que se encuentran —o creen encontrarse— les produzca un vahído. Claro que la altura también tiene sus inconvenientes: como ya decía Roger Bacon en 1620, muchos políticos son como los monos: cuanto más suben, más se les ve el trasero.

En verdad, no hay espectáculo en el mundo que pueda compararse con la política. Esto explica la aparente paradoja española de que menos de la cuarta parte de los ciudadanos digamos que nos interesa la política, y a la vez, los dos tercios o más del tiempo de los medios audiovisuales o de las páginas de los medios escritos se

dediquen a la política local, regional, nacional, internacional o global. A la vista de experiencias recientes —y de otras que duraron cuarenta años— no es usual en el español medio aceptar que los políticos le parezcan personas desinteresadas, y que la política sea una actividad seria, profesional y honesta como cualquier otra profesión. Pesan demasiado los antecedentes históricos y no menos las desilusiones no tan lejanas. Muchos de nuestros conciudadanos opinan como Michels: *«A menudo, la honradez que se supone a un político no tiene más mérito que la de una virgen que nunca ha sido cortejada»*.

Pero en el fondo es evidente que nos interesa la política: por su contenido, o incluso por el espectáculo en sí mismo, que desde las peculiares veleidades de Clinton a las solemnes perogrulladas de Aznar, satisface una curiosidad que ningún otro acontecimiento es capaz de llenar. Su única competencia es el fútbol, que, como antes apuntábamos, tiene la gran ventaja de su intrascendencia. Por cierto, un resultado regocijante para el espectador desde la grada política es la observación de ciertos políticos en acción: se parecen a Alicia en el país de las maravillas. Corren todo el tiempo de un lado para otro, pero al final siempre están en el mismo sitio.

Esto no implica en modo alguno que el ejercicio de la política esté exento de riesgos; ingenuo será el que lo crea. Con escrúpulos o sin ellos se trata de una de las profesiones más duras, entre otras razones por la permanente presencia «frontal» de sus protagonistas, casi siempre inevitable, y a menudo exigida por ellos.

Cuando se «entra» activamente en política, ante todo desgasta, por los inevitables errores y favores que se apuntan en el «debe». Pero lo curioso es que tal desgaste también se produce si la actitud de una persona destacada es pasiva, porque todo el mundo echará de menos el que no tome decisiones. En un caso u otro, la erosión es inevitable. Dicho de otro modo, si el poder se utiliza, deteriora y si no, se convierte en un «boomerang». En consecuencia, una larga supervivencia en el duro campo del ejercicio de la política es demostrativa de una capacidad de resistencia tan poco frecuente, como atestigua la Historia desde los tiempos más remotos. No es que sea imprescindible una gran inteligencia para este ejercicio: pero sí es precisa la astucia necesaria para prever las intenciones o concretamente la malicia de los demás contendientes. Entre los cuales se incluyen los del propio bando: a menudo, los peores enemigos se encuentran precisamente en él. Y no menos hay que tener muy en cuenta al buen pueblo: ya lo experimentó Arístides cuando se le desterró porque llevaba demasiado tiempo siendo apodado con toda razón «el Justo».

Como bien decía Clemenceau, *«cuando se consigue no vomitar los sapos que uno se ha tenido que tragar, se es un buen político»*. No todo el mundo posee esa capacidad digestiva. En verdad, ninguna profesión está exenta de problemas, obstáculos e incomprendiones, pero la carrera política, que ofrece amplias recompensas a gente a menudo más intuitiva que inteligente, como antes decía, está tan sembrada de decepciones, que incluso cuando se llega a la cima se puede caer fácilmente en la actitud paranoide de ver enemigos por todas partes. Como bien se comprobó, por ejemplo, en los casos de Stalin o Nixon. Y es que si por milagro un político no tuviese enemigos, probablemente se los inventaría.

Justamente para evitar esa paranoia, el político, como el cirujano, procura no compenetrarse demasiado con la realidad humana con la que trabaja, porque si no, terminaría por aborrecer su profesión. De manera que ambos ponen distancia respecto a ella; a veces, demasiada.

La otra cara de esta moneda de la implicación en la política es la descarada utilización de la buena fe de otros: las habituales promesas de tantos políticos se basan simple y llanamente en la manipulación de quienes les apoyan, a partir de la convicción de que no son más que tontos útiles. Y es que, para unos, conceptos como el honor, la decencia, la honradez, no son más que palabras a manejar. Para otros, en cambio, se trata de valores profundos. El resultado es que los primeros gozan de gran ventaja respecto a los segundos.

Uno entre infinidad de ejemplos al respecto lo tenemos en las palabras del periodista Gaziel, quien al referirse a la herencia que legaron Cambó y los fundadores de la Lliga regionalista, comentaba: *«Políticamente, ideológicamente, no han dejado nada; económicamente, todos se han enriquecido.»* Ejemplos más próximos pueden citarse a toneladas.

En ese ámbito entra esa curiosa interpretación que durante algunos años se ha dado en nuestro país de la legitimación democrática. No hace mucho, ciertos políticos han actuado como si el contar con una mayoría de los sufragios implicara automáticamente la infalibilidad de las actuaciones políticas de los cargos electos, y por ende, como si los críticos de buena fe traicionasen las más puras esencias de la democracia. Según su propia actitud, nada había que reprochar ni que rectificar a quienes ostentaban el aura de la confianza del pueblo. Esa postura, demasiado frecuente, y polo opuesto de la autocritica que tan cara ha sido siempre a la izquierda, al menos en su discurso, ha perjudicado mucho precisamente a la causa de la democracia. Porque ha inhibido la participación de numerosos ciudadanos que se atrevieron a señalar lógicos e inevitables fallos en el cotidiano trajín de la cosa pública de este país. Ciudadanos que, escaldados, han terminado por cambiar su crítica constructiva en un escepticismo más o menos pasivo, y a veces corrosivo. Ese desprestigio es justamente el que lleva a tantos a decir que no les interesa la política, como si la mera opinión o participación de buena fe acarrearase de por sí una contaminación imborrable. Decía J. R. Oppenheimer: *«nosotros no creemos que ningún grupo de hombres está lo bastante preparado o es lo bastante sabio para actuar exento de todo escrutinio o de toda crítica. Nosotros sabemos que la única forma de evitar el error consiste en detectarlo, y que el único modo de detectarlo es gozar de la libertad de averiguación o indagación. Nosotros sabemos que, en el seno del secreto, el error no descubierto crecerá y subvertirá.»*

Cuando Max Weber se refirió a la «ética de la responsabilidad» de los políticos advertía: *«Lo decisivo es... la educada capacidad para mirar de frente las realidades de la vida, soportarlas, y estar a su altura... Es infinitamente conmovedora la actitud de un hombre maduro (de pocos o muchos años, eso no importa), que siente realmente y con toda su alma esa responsabilidad por las consecuencias, que actúa conforme a una ética de responsabilidad, y que al llegar a un cierto momento dice:*

“no puedo hacer otra cosa, aquí me detengo”. Esto sí es algo auténticamente humano y y esto sí cala hondo». El «hombre auténtico» de que habla Weber es el que sabe conjugar a su propia costa la «ética de la convicción» con la «ética de la responsabilidad».

Cuando tuve el privilegio, en 1987, de apadrinar a Willy Brandt como doctor *honoris causa* por la Universidad de Granada, le atribuí precisamente esas cualidades, que adornaban a un hombre excepcional. Y también traje a colación en mis palabras otro pasaje de la obra de Max Weber, en que éste señalaba respecto a esa ardua tarea que es la política: *«La política consiste en una dura y prolongada penetración, a través de tenaces resistencias, para la que se requieren al mismo tiempo pasión y medida. Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible, si no se intenta lo imposible una y otra vez. Pero, para ser capaz de hacer esto, no sólo hay que ser un caudillo, sino también un héroe en el sentido más sencillo de la palabra... Sólo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofrece; sólo quien frente a todo esto es capaz de responder con un “sin embargo”; sólo un hombre de esta forma construido, tiene “vocación” para la política.»*

Es de lamentar, en fin, que no siempre los políticos —tal y como los conocemos hoy— respondan a este modelo ejemplar que Weber nos proponía, y que Brandt tan dignamente personificó.